

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

FLOREZ, Julio. *Sus mejores poesías*. Editorial Triángulo, Medellín. 180 p.

Y debajo de ser hombre, puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador.

SANCHO PANZA

Tengo la seguridad de que sufren por razones muy diferentes a las nuestras... nunca por romanticismo.

MICHELANGELO ANTONIONI

A mi juicio, caben en este momento dos maneras extremas e ilícitas de escribir con motivo del centenario del nacimiento de Julio Flórez. En primer lugar, diciéndolo todo sin decir nada. Se trata de un lanzarse de bruces sobre su época, su anecdotario, su poesía, su romanticismo, su departamento, su vida, sus "ideas", su figura de mosquetero que cortó una rosa, no del huerto del Marqués de Santillana, sino de la selva abigarrada del arte sin arte. O sea, de repetir lo que ya sabíamos de este chiquinqui-reño surtidor de gasas nostálgicas y de reflejos espectrales y fosforescentes: un artista plenamente consciente de que escribía algunos de sus versos dentro de las cuencas vacías de una calavera. Así era a veces —y en su época (1)— de fúnebre y de medroso. Es el "sentido bardo" de que tanto se nos ha hablado; al fin y al cabo, un poeta por entregas, diríase a la medida de un público sonambúlico, cotidiano. La otra corresponde a la inversa: decir apenas nada diciéndolo todo. Aquí se espuma su porción de ciclo vital que el tiempo, depositándolo en el nuestro, alcanza a hacer llegar hasta nosotros, colombianos de 1967. Unos años más adelante, o unos más atrás. Los hombres de hoy no tenemos disculpa. Y por eso esta última —careciendo de una tercera, que sería la justa— nos acerca, aun con su cuota de paradoja, más a Flórez que la primera.

La carta que copio en seguida pertenece, como lo advertirá el lector, a esa segunda manera de escribir. De ahí que necesite aclarar, frente

a los hacinadores de detritus histórico y a la “feria de opiniones”, que lo definitivo de esta comunicación, dirigida al director del Departamento de Extensión Cultural de la Secretaría de Educación de Boyacá, no consiste en proclamar si yo admiro o no a Flórez. En él, creo, existen dos poetas: uno, el que componía versos oscilando entre la galantería saturada de “color local” y la descarnada presencia del fuego fatuo; otro, el auténtico y hondo poeta del *todo* humano. Que es el que sobrepuja los límites de sus años de repentista de trastienda y de segador de manojos de flores negras. “No hay poetas, porque todo es a la vez poesía”, apuntó Sabat Ercasty, tal vez recordando a Platón cuando dijo que “los poetas expresan cosas grandes y sabias que ellos mismos no entienden” (2). En este sentido, en cambio, la llamarada de su inspiración, olvidándose de trotar dentro del delirio, deja de distenderse y nos descubre trozos auténticos de una inmejorable poesía. Pero esto, precisamente, es lo que poco o nada —no obstante su importancia— me interesa: a mí, escritor colombiano nacido después de 1923, el año de la muerte de Flórez. Porque —y lo afirmo en mi carta— Colombia tuvo y tiene algunos poetas igualmente hondos, y, sin embargo, ninguno de ellos alcanza la identificación con la vida colombiana. Es decir, con esta vida colombiana actual, cuyo rigor nos obliga a los escritores a ser más vastos, más exigentes. Cuanto deseo, cuanto anhelo en esta carta se reduce, pues, a aventar sobre el país una enorme pregunta: ¿por qué Julio Flórez, un romántico, esto es, un hombre inactual, está vivo como poeta, en este momento acre, deshumanizado de nuestra historia?

Claro está que se puede recurrir al *verbiage* incoherente, y explicar: eso se debe a que nuestro pueblo permanece igual, ya sea en 1810, en 1923 o en 1967. Francamente, si ello fuese cierto, yo no encontraría sino una salida. ¡Apaga la vela y vámonos!, he ahí lo que tendríamos que hacer si las tesis de uno de los oradores en el homenaje a Flórez resultaran ciertas. Si un pueblo no avanza, si permanece idéntico desde los Kymiris, la conquista de las ordas por Antonino Pío y Septimio Severo hasta los “momentos estelares” de la civilización de Inglaterra, la vida no sería vividera. Es más: un pueblo puede “avanzar para atrás” —según diría Gedeón—. ¿O es que existirán, por debajo de este par de avances, pueblos *ex-hombres*, desheredados, vagabundos, pueblos donde eternamente impera el desequilibrio social, político y económico?

Veamos, en consecuencia, esa carta; veámosla rehuendo recurrir a la inepta retórica de los *monumentos nacionales*.

Caro Eduardo: Me pide escriba sobre Julio Flórez. Yo conocía en parte su obra: había, en efecto, leído por ahí en unas ediciones menesterosas muchas de sus poesías. Mas ahora, al recibir su carta, me ha ocurrido algo insólito. Que no obstante ese conocimiento, fragmentario o no, desconozco, ignoro, me resulta arcano saber quién fue y, sobre todo, quién es hoy, en este momento, en el cual parece existir una sola alegría —la de espantar o envilecer a los otros hombres— el poeta Julio Flórez. Es que su invitación tuvo una consecuencia. En la vida muchas veces vivimos y convivimos con alguien. Sabemos cómo es, qué gustos tiene, a dónde suele ir y así sucesivamente. Pero de golpe un hecho inesperado nos obliga a mirarle con otros ojos, a conocerle y desconocerle al mismo tiempo. Por

eso le digo que ignoro a Flórez, pese al hecho de haberle leído —se lo repito—. En sus versos románticos hay mucho más que una inspiración inculta, siendo solo eso lo que hay. Y, claro está, en semejante coyuntura me resulta imposible escribir a fondo sobre él. Aunque lo anhele, aunque me estén desafiando mis abuelos boyacenses sin galgo corredor. Aunque al marginarme me alindere momentáneamente con los eunucos del Palacio Sagrado de Bizancio.

¿Es esto para mí, que soy el que padezco la contradicción, escandaloso? De ninguna manera. Y no, precisamente, por miedo a sumar a mi asco, a mi rebelión, a mi amor, a mi temor, a mi odio, a mi tristeza, a mi horror, a mi cólera, a mi angustia de escritor colombiano actual una desdicha intelectual más. Lo que me pasa es que ese otro ángulo del paisaje moral, intelectual y vital de Flórez por mucho que me he torturado —sí, con maceración mental— en averiguarlo, en sorprenderlo ahí sobre la barriga templada de nuestro país no se cómo es. Porque detrás de Julio Flórez se oculta todo un pueblo. O dicho en otros términos: salvo los rollizos gansos de nuestro capitolio, ¿quién conoce, quién ha hurgado definitivamente en los temores y esperanzas, en la felicidad y en el hambre, en las creencias y propósitos del pueblo colombiano? Acá la literatura también es una coartada: una coartada semiconsiente, inconsciente y hasta consciente. A los colombianos, pienso yo, Eduardo, nos debe angustiar la necesidad de encontrarnos y no tanto la del cambio (3). Los pueblos, como el hombre, y digan lo que digan los meninos criollos plañideros de lo extranjero (4) y de los Planes Camelotes, disfrazados de sociología behavioral, tienen un sedimento de invariabilidad. Ellos obedecen, a mi juicio, a una potencia de transcendencia, y a nosotros, al menos, nos corresponde auscultar esa razón profunda y muda. De lo contrario, como escritores y como hombres, solo escupiremos en la sombra.

Pues bien: en la obra de Julio Flórez, esa razón, esa razón de la sinrazón, está viva, vivísima. Porque lo absurdo sería pedirle belleza de mausoleo o la blancura de la carne endurecida. Con relación a nuestro pueblo, Flórez era lo que él era, y es hoy lo que él siempre ha sido.

Puede ser que esta última frase sea un inefable lugar común. Pero he ahí el caso que a Flórez se le lee, y lo que es mejor, que se le lee popularmente, anónimamente. Muchas veces me ha tocado contemplar cómo no solo en las librerías bogotanas de rompe y rasga, donde los jóvenes, anticipándonos casi una forma de vida estilo 'Fahrenheit 451', devoran y devoran "comics", sino en todas —salvo en las sofisticadas— al "vate" de *Flores negras* se le compran profusamente sus libros. ¡A pesar y contra lo que nos proclaman las mudanzas y las "torres abolidas"! ¿Por qué? No hay en Flórez —¡claro está!— mensaje alguno específico para nuestro tiempo —inclinado a la sátira, a la destrucción de los mitos y a la denuncia de las "máscaras nobles"— ni siquiera uno que rebase los límites estéticos del verso; no hay una teoría del conocimiento o una lección ética; no hay un enfoque especial del drama del hombre en el mundo; no hay el menor propósito de crear —y aquí vendría el ejemplo de don Luis de Góngora, si no fuese cegador— un lenguaje esencialmente poético, dentro del cual metáfora y música sean instrumentos primordiales; no hay un consumado arte literario o una acabada retórica expre-

siva, y, en fin, no hay en su obra una gracia poética exacta y pura. Mas ella, hecha lógicamente fuera y aparte de cualquier fórmula ritual —vr. gr. de esta: “poesía es aquello que permanece en un poema después de que se ha vertido en prosa”— contiene esa realidad mágica, ese fenómeno inefable que es la poesía. ¿Será acaso debido a esto que aún se le lee? Poetas hemos tenido mucho más hondos, más *videntes*, más poetas poetas, que con profundo lirismo exteriorizan las pasiones del alma. O que mantienen, como Flórez, la obsesión, tan española, de la muerte. O que recogen la esencia de las cosas: poetas nuestros, mi amigo, que han hecho del arte la expresión de sus vidas. Sus poesías —lo mismo que las de nuestro chiquinquireño— son sus sentimientos, sus ideas, sus episodios personales, esto es, sus biografías interiores y exteriores. Y a ellos, a ellos que compenetran la vida y la poesía, y que, por tanto, de ninguna manera portan el sello del artificio, no se les demanda *masivamente*.

Poniéndose a pensar en la obra de Flórez se le podría a uno ocurrir la sospecha de que posiblemente esta espléndida victoria de sobrevivirse se deba al hecho de haber cantado las amarguras de la vida, la inutilidad de la existencia y la inanidad del esfuerzo. Pues características de su vida fueron la desesperación y la melancolía. Sin embargo, ello equivaldría, al menos para mí, a prolongar su vida poética mes tras mes, durante años, aplazando su olvido de un día para el otro, quién sabe con qué clase de inyecciones. Porque no conviene confundir: Flórez fue hasta el final de su angustia, pero esta representa, ciertamente, un estado de espíritu, el abatimiento, característico de nuestro fin de siglo XIX (5). Y nada más. Entonces, ¿por qué, por qué conquista en *nuestro tiempo* su propia muerte? ¿O al revés, Flórez está hoy en nuestro pueblo merced a que la poesía, *incluso esta suya*, “es conocimiento, salvación, poder, abandono” —como la define *por aproximación* Octavio Paz? ¿A que cualquier poesía, cabalmente como los “comics” aquellos, al revelar este mundo, crea otro? Me sentiría complacido confirmándoselo. Mas ahora estoy pensando que su abatimiento lo separó del mundo. Mejor aún: este poeta no crea para nosotros mundo alguno. Toda vez que para crear hay que permanecer en el brasero ardiente del viejo de alguna manera; así sea descubriendo su senilidad y su ineficacia. No obstante, Flórez permanece con *nosotros*. Y, ante todo, permanece con *religiosus* respeto, con “escrupuloso” miramiento. Yo sospecho que ello obedece a la emoción —para nosotros ya no romántica— con que logra regresar, sin rebuscamientos ni complicaciones, el mundo bajo nuestros pies. O tal vez por expresar el alma de un hombre frustrado.

Note usted que escribo “sospecho” y “tal vez”. Reclamo el derecho de ser rebelde conmigo mismo. Y, en consecuencia, de estar cara a cara con mi propio ser. Pero ¿cuál es la razón para que ahora le diga esto? ¡Ah!, una muy sencilla, a saber: que si cada hombre reclama la soberanía de su fuero íntimo, ninguna sociedad ha sido jamás ni es tan “sociedad”, tan rigurosamente colectiva e impersonal. O, dicho en otra forma: somos tan sociales como *antisociales*. Esto hace, entre otras cosas, que toda realidad social posea un lado visible y otro oculto. Lo que vemos, lo único que de ella vemos patente es una de sus caras. La otra, en cambio, por ser una función interna, visceral, *alimentadora* —si se me facilita utilizar el vocablo— aparte de permanecer oculta obviamente, no la podemos conside-

rar circunscrita a las actitudes y ocupaciones eminentemente sociales. En rigor, está formada de las pasiones, de los odios, de las creencias, de los anhelos, de las angustias, de las ideas de cada uno de nosotros. Y cabría simbolizarla como un sistema de raíces. Nos encontramos, por tanto, en una situación ante la sociedad parecida a la de quien en un tonel tiene medio cuerpo afuera y medio adentro. ¿Qué sentido tiene eso? Se dirá que, conforme estas raíces van penetrando en lo colectivo, van también acentuando su incapacidad para ser conocidas —socialmente, desde luego—. Me atrevo a decirle que ello es falso. Debo acá, y para no evadirme de la situación real que ventilo, emplazar a la novela colombiana: a la de ahora, a la de ayer y no precisamente a la costumbrista. O si se quiere a aquella que, aún hoy, mezcla deliberadamente el nacionalismo, la ingenuidad y el pintorequismo. Es que no hay nada comparable a leer a la novela de un país para venir al conocimiento cierto de aquella cara íntima de un pueblo. Solo el narrador nos descubre este lado privado de la sociedad, o sea en cuanto son y no son realidades colectivas todas nuestras querencias e ideas personales. Para abreviar un poco, me limitaré a citarle un pensamiento de Julio Cortázar. “A parte de nuestros destinos individuales, escribió, somos parte de figuras que desconocemos”. Y por su *Rayuela* sabemos que la realidad de la Argentina es una ficción de sentimientos, de pasiones, de anhelos, que la autenticidad de ese país “es su falta de autenticidad”: “su vida de remedos”, como subraya, comentándola, Carlos Fuentes.

Ahora bien; todo lo que ahora sabemos de nosotros los colombianos lo podemos resumir en los siguientes puntos: 1º, el orden económico y social actual está en tela de juicio; 2º, nuevas necesidades colectivas afloran en el panorama socioeconómico del país; 3º, nuestro pasado ha dejado de ser un lugar común de beatería; 4º, estamos tratando de abolir un país rural con sus relaciones inmediatas de dominio: gamonal, tinterillo, cacique parroquial, etc.; 5º la tecnología comienza a modificar nuestros sistemas de comunicación y de transporte, lo cual aumenta la movilidad social; 6º el obrero y el campesino adoptan nuevas conductas, contrastando con la pasiva y mimética de antaño; 7º otros dirigentes, diferentes a los llamados tradicionales, buscan llevar la política fuera de los dos “grandes partidos” (6); 8º, la juventud exige mayor participación social, política y económica; 9º, el fenómeno de la primacía metropolitana comienza a aparecer a nivel regional. Pero ¿hay algo más aparte de este conocimiento *extenso*? ¡Ahí está! Cuanto entrevemos se reduce a lo que nos afirman los periódicos. Según ellos, somos “una sociedad que perece en un lodazal de instintos primarios y brutales”, bajo la “ley de la selva” y los “apetitos morbosos” (7). ¿Será posible? Permítame, en gracia de la simpleza, salir al paso de estas oscuras mitificaciones que nos achacan tanta consunción, tanta decadencia con la más obvia de las razones opuestas. Aquí en Bogotá —y ocurriría ciertamente en todo el país— una película llamada *La novicia rebelde* se nos ha convertido en una especie de estro de eternidad, mostrándonos, con ello, que los colombianos, no obstante, rezumamos humanidad dulce. Dulcísima, Eduardo. De donde resulta que al pueblo colombiano ni lo dominan los “instintos brutales”, ni los “apetitos morbosos”. ¡Arriba los corazones y los Cadalsos (8) desenterradores de los cadáveres de su adoradas!; nadie, en verdad, lo gritaría a

las puertas del bogotano teatro Palermo viendo la congestión humana, ávida de conocer, en gesto menos "salvaje", la historia en capullo de la tal novicia.

¿Quiere eso decir que debemos retroceder por lo menos hasta el año 30, con el objeto de ubicar nuestro antisocialismo, nuestro gran antisocialismo, como que la organización social colombiana es muy débil? Claro que no. Hasta tal punto es así, que dos fotografías tomadas a propósito de un mismo acto —la procesión de Viernes Santo en nuestra Plaza de Bolívar— son escandalosamente diferentes: una, la de hace treinta y siete años está completamente "rellena" de gentes, y la otra, que es la de ahora, muestra grandes espacios vacíos. Esto hará que tal o cual inteligencia liviana rechace la existencia del segmento de invariabilidad —del cual le hablé muy atrás—. Pues me argüirá: un pueblo, en su cara oculta, no es, sino que va siendo. Concepto este, a mi manera de pensar, completamente irracional: ya que para ir siendo hay que irlo siendo sobre *algo*. Lo que pasa es que este segmento todo puede ser, menos una realidad estática, mortecina. "Como la flecha de Zenón, a pesar de Zenón, vuela sobre quietudes". Entonces, Eduardo, convengamos en una cosa, en que un pueblo ordena o baraja su vida íntima, y *por ende su externa* —si bien con reciprocidad— constantemente. Así, de 1867-1923, que fue la época de Flórez, hasta este 1967, el pueblo colombiano ha barajado, sobre la base granítica de su sedimento, su vida afectiva e intelectual. Ha ido acumulándola, o ha ido desacumulándola. Profundamente. ¿Cómo? ¿En qué magnitud? Es lo que los colombianos ignoramos con crasa y cotidiana alevosía. Y si algo ha de servir el consuelo de los tontos, adoptemos la actuación cómoda y fácil subrayando que lo mismo acontece a los demás latinoamericanos, excepto que en algunos de sus países —México, Brasil, Perú, Argentina— los novelistas abandonaron ya el período de las vacilaciones. "Estar en América en estos momentos es como estar en un manicomio", acaba de declarar Juan Bosh, quien ojalá haya extraído de su aventura presidencial una grave lección. Que "las leyes son nulas sin las costumbres": *lege sine moribus vanae*.

Valga dicha ignorancia como indicación de mi desconocimiento de un Julio Flórez que poéticamente ahora (9), y por encima de las barreras de su tiempo, está vivo. No le parezca extraño, porque sus versos solo tienen que hacer en el lado oculto de nuestra sociedad. La poesía es el prototipo del progreso personal; la novela, del progreso social (10). Solo que en nuestra época actual colombiana nos resulta imposible medir, y más que medir, saber cómo es aquel. ¿O habrá alguien que se contente, en el caso de Flórez, con lo que ahora resultaría su mohosa interpretación, diciendo: celebremos el centenario de Julio Flórez, celebrémosle, pues *aún* despliega sus tormentosas alas negras de buitre romántico? Es más: este semiascético "portalira", de belleza lenta, que entreveo para nuestra época me regocija. Porque esos flechazos instantáneos, deslumbrantes; esos flechazos baldíos...

Sí; apreciado amigo mío. Me niego con retazos de ideas y de imágenes a pensar un "juicio crítico" definitivo, como sería lo perentorio después de cien años, sobre Julio Flórez: poeta nacional y popular de 1967, año de gracias y de desgracias. Que sea este, en vez del de llegar, mi momento

de partir. Por lo cual yo podría decir de Flórez, en tanto que personero del pueblo colombiano —del zapatero, la vivandera, la matrona, el tintorillo, el “doctor”, el gerente, el policía, el soldado, de usted, de mí, del presidente Lleras, gústenos o no— estas palabras peregrinas, en camino, de otro poeta:

*dejose morir para que todos,
si es posible, vivamos.*

NOTAS

(1) Se ha dicho de Flórez que fue el último de los románticos. He aquí una observación que debiera hacernos comprender además por qué se movió en su época, esto es, en la de José Asunción Silva, Carlos Arturo Torres, José Joaquín Casas, Maximiliano Grillo, Luis María Mora, como un alfil en el tablero de ajedrez: *oblicuamente*.

(2) De ahí que, tal como lo afirmo en el texto, la poesía es el prototipo del progreso personal.

(3) La idea del cambio de estructuras hoy comienza a tener un nombre. Este: *farsa*. Pues allí se finge la realidad. Por eso, ahora debe pensarse de otra manera, y por eso hay ya quienes escriben con el siguiente calado: “sospecho —hace poco anotó Abel Naranjo Villegas— que en estos momentos estamos alcanzando un denominador común y que la conciencia triétnica de nuestro grupo acabará por encontrar la vena profunda de nuestra originalidad como nación y de nuestra autenticidad social”. De esta manera, Naranjo Villegas hace rezumar la idea del sedimento de invariabilidad de que hablo en el texto. Pero no es necesario que Naranjo ni yo lo descubramos, pues este empeño de confesar su arcano existe por sí mismo. En la obra de Oscar Lewis *La vida*, donde nada es inventado, antes bien, demasiado ceñido a la realidad social, Felicita, una mulata del arrabal de La Esmeralda de San Juan, declara: “Cuando yo oigo a los puertorriquenses hablando inglés en su propio país, me da coraje”. ¿Qué secreto induce a esta mísera prostituta y, no obstante, admirablemente gloriosa, a poner en sus labios tan extraordinarias palabras?

(4) Ciertamente que los nacionalismos estilo siglo XIX ahora resultan imágenes casi vacías. Y no lo digo en virtud de que el mundo haya dejado de dividirse entre naciones poderosas y naciones débiles, *sine baculo*. O de que hayan desaparecido, en la feria de las alcurnias a media asta, el flamenquismo, el mariachismo y, en Colombia, las serenatas a los políticos. No. Simplemente deseo notar que a los pueblos extranjerizantes, “arreglados” como dicen las señoras para referirse a la falta de virtudes viriles de los caballos, dentro de la sociedad contemporánea les ha tocado la suerte de los vasallos coloniales. Pues qué, ¿no estamos viendo cómo las exportaciones de materia prima de los países “subdesarrollados —y para no salirme del tema preponderante, la economía y el comercio, como lo quiere Herman Khan, del Hudson Institute, donde se investigan las “metas nacionales” para el año 2000— son influídas en forma adversa por las restricciones de importación de los Estados Unidos y por el proteccionismo y las discriminaciones del mercado común europeo? Es decir, por dos formas de hacer nacionalismo a ultranza.

(5) En una carta de Jorge Isaacs, cuyo corresponsal era tal vez el general Rafael Uribe Uribe, se lee: “¿Cómo hace, me preguntará usted, ese trabajo en la ansiedad presente, en la honda tristeza que nos abruma?” Ello es que nuestro fin de siglo XIX fue *asfixiante por defecto*. Y acaso comprendamos mejor esta asfixia si la comparamos con su opuesta, la *asfixia por exceso* de los países plenamente desarrollados. En los Estados Unidos, por ejemplo, la potencia nacional de la postguerra en todos los órdenes llega a lo monstruoso. Tantas y tan disímiles cosas se le ofrecen allí, en efecto, al hombre que termina asfixiándose. El cual reacciona oscilando entre dos polos igualmente violentos: de un lado, acogándose a la velocidad, la energía, la acción y la sensación física, y de otro, sumergiéndose en el desgarramiento del hombre iracundo. Como un Arshile Gorky. En cambio, en la *asfixia por defecto* encontramos un vacío casi perfecto de estos dos extremos. Diríase que la vida toda, que toda la existencia han quedado de pronto desarticuladas vitalmente y se han convertido en una realidad indiferente. Así las opiniones, las resoluciones y los sentimientos sufren del fenómeno del embotamiento. Y así los hombres se muestran turbios, confusos. En una palabra, tristes. Para estos, la vida, como para Larra,

otro hombre nacido dentro de una época que se asfixiaba por defecto, consiste en llorar. Ved por qué, como otros en el corazón, el odio y la perfidia, el arrebató y la cobardía, llevaron los colombianos de las postrimerías del siglo XIX la abnegación y la apatía.

(6) Algo debe decirnos el hecho de que los grandes problemas nacionales se plantean, ante todo, en el campo de las relaciones económicas, la justicia social y la "dignidad internacional". Toca, pues, a los políticos poner sus seseras al día. Para lo cual, y teniendo en cuenta el ámbito latinoamericano, deben abandonar en sus relaciones con el pueblo su actitud de *galeodes kaspikus turkestanus*. Por eso resulta verdaderamente admonitorio este pensamiento de Raúl Prebisch: "No nos engañemos. Este asunto —el promover el desarrollo— no va a resolverse en un plano doctrinario, sino eminentemente político. El signo político bajo el cual se cumpla el desarrollo latinoamericano no es solo cuestión de preferencias intelectuales, sino que en gran parte dependerá del curso mismo de los hechos en estos años próximos. Hay un cierto determinismo en ellos y no existe otro modo de escaparle que obrar previsoriamente sobre el curso mismo de esos hechos".

(7) Estas expresiones las tomo de uno de los periódicos de mayor circulación en el país. Pero esto no es lo que importa. Cuanto se debe tener en cuenta aquí es que tal diario es el menos fértil para hacer "amarillismo" o sensacionalismo. Digámoslo sin titubeos: para él la vida colombiana discurre sin las bellaquerías y las angustias que caracterizan a muchas de las actuaciones del hombre contemporáneo. Aunque a veces se le escapan una o dos notas sinuosas y complejas, donde la gravedad y urgencia de la hora presente quedan atrapadas. No en vano Octavio de Roméu escribió que "también los cuerpos geométricos / tienen su corazoncito..."

(8) Cadalso, en una iglesia, quiso desenterrar el cadáver de su amada. Se le confinó en Salamanca, con el objeto de que no persistiera. Pero allí de seguro continuó su alma varonil y honda clamando, como en el verso de Ibn Hazm: "Te amo con un amor inalterable / mientras tantos amores no son más que espejismos". Y un "terruñero tan terruñero" como Joaquín María López desenterró en el cementerio el cadáver de su amantísima madre. Y...

(9) No ignoro los riesgos intelectuales que corro frente a los clasificadores herméticos de la poesía, al proclamar que el nombre de Flórez significa para nosotros una *letzte unerkennbarkekt*, una desesperante incógnita *contemporánea*. Pues, según ellos, él ocupa un puesto insalvable en la sucesión cronológica: anterior al "piano de palabras" de Mallarmé; a *la musique avant toute chose* de Verlaine; a la "música de las ideas" de Darío, incluyendo el valor fónico, el color, la línea y el complejo de sensaciones; a la "palabra en el tiempo" de Machado; a las cualidades del valor visual, el relieve plástico y la arquitectura visible. Y, en suma, a la poesía "químicamente pura". Lo cual en nuestro medio acaso equivalga a afirmar que Julio Flórez vino, *poéticamente*, antes de León de Greiff, Rafael Maya, José Umaña Bernal, Germán Pardo García, Luis Vidales, Jorge Zalamea, Antonio Llanos, Arturo Camacho Ramírez, Jorge Rojas, Darío Samper, Eduardo Carranza, Eduardo Mendoza Varela, Andrés Holguín, Guillermo Payán Archer, Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Durán, Carlos Castro Saavedra, Fernando Arbeláez, Alvaro Mutis, Eduardo Cote Lamus, Rogelio Echavarría, José Pubén, Mario Rivero, Jaime Jaramillo, J. Mario y Eduardo Escobar. Ello, claro está, es completamente cierto si se le repara desde cualquier manual de literatura, y en tal sentido yo no tengo nada que objetar. Es más: me atrevería a sostener, sumándome a este género de perspectiva, que Flórez careció, a fuer de romántico, de cualquier afán de "sinceridad" que lo llevara lejos de su yo ardorosamente anhelante. Sin embargo, mis definitivos puntos de vista corren por otro cauce. Porque, en efecto, si algo he querido decir en esta carta se reduce a hacer patente que el progreso de nuestro país va en relación directa —¡y qué relación, Dios mío!— con el progreso del pueblo. El cual, por lo visto, llega hasta el nivel de un Julio Flórez. ¿No lo comprendéis? Podrán todos los poetas nombrados, aislados o en conjunto, aventajar al chiquinquireño como poetas; pero este les lleva la ventaja en el fervor nacional. Así, su poesía, luego de haber sido el horizonte de un colombiano de nombre y calle conocidos, se nos ha convertido en el horizonte de todos los colombianos. Cosa que no me parece absurda, ni muchos menos estrambótica. Solo muy pocos poetas tienen el terrible privilegio, por lo glorioso, de portar sin advertirlo el fondo esencial, la intimidad decisiva y los ímpetus subterráneos de un pueblo. ¿Quién sabe si el definitivo ser de una nación no se forja en la lejanía de la historia! Y dentro de esta en lo que ella tiene de desordenada fecundidad lujosa de la vida.

(10) Me atrevo a sostener, aunque con algunas limitaciones, para la novela lo que se ha dicho para el teatro. En su libro *Sociología del teatro* Jean Duvignaud apunta que

este es el más comprometido de todos los géneros literarios con la trama viviente de la experiencia colectiva, el más sensible a las convulsiones que desgarran una vida social en permanente estado de revolución, a los difíciles pasos de una libertad que tan pronto camina, medio sofocada por las contrariedades y los insuperables obstáculos, como estalla en sobresaltos imprevisibles. Y para rematar, en la parte que me importa, aclara: "el teatro es una manifestación social". Ahora bien, se podría decir con el fin de anular mi idea que el teatro tiene un público vivo —aplausos y silbidos—. A esta objeción, yo respondería con la respuesta de Samuel Eichelbaum, "uno de los primeros creadores escénicos de nuestro tiempo", a la pregunta "¿qué les recomendaría usted a los autores jóvenes?": "que jamás piensen en el público". Pues en el fondo, el núcleo del teatro, como el de la novela, consiste en animar por medio de la expresión a personajes. La diferencia entre uno y otro, entre novela y teatro, que es ciertamente grande, viene por otro lado, y acaso comenzar a entrever —nótese: solo comenzar— sosteniendo que el teatro es una protesta, una adhesión, una participación de la realidad *visible*. Allí, esta se pone en escena.